

solo Dios sabe por cuántos siglos y sobre qué regiones del globo! Son, porque son; no se toman no se dejan á voluntad, sobre la palabra de tal ó cual boca; forman parte del corazon mismo, mas aun que del espíritu del hombre.—¿Qué hombre dirá:—soy cristiano porque tengo tal respuesta perentoria, en tal libro, ó tal objecion insoluble en tal otro? Todo hombre sensato a quien se le pida, cuenta de su fé responderá:—soy cristiano porque la fibra de mi corazon es cristiano, porque mi madre me ha hecho mamar una leche cristiana; porque las simpatías de mi alma y de mi mente, están por esa doctrina, porque respiro el aire de mi tiempo, sin preveer que respirará el porvenir.

Veíanse dos aldeas en las escarpadas márgenes del lago de Genesaret,—una á un cuarto de hora de marcha, en frente de nosotros al otro lado del Jordan; la otra, á algunos centenares de toesas sobre nuestra izquierda y en la misma orilla del rio. No sabiamos por qué casta de árabes estaban pobladas aquellas aldeas y nos habian prevenido que estuviésemos ojo alerta y contásemos con alguna sorpresa de parte de los árabes del Jordan, que no toleran que atraviése nadie impunemente sus llanuras y su rio. Llevábamos buenos caballos, buenas armas, y la rápida é inesperada conquista de la Siria por Mehemet-Alí habia sobrecojido y aterrado de tal suerte á los árabes, que el momento no podia ser mas oportuno para intentar atrevidas es-

curSIONES en su territorio; ellos no sabian quiénes éramos, por qué caminábamos con tanta confianza por su pais, y naturalmente podian suponer que nos seguian fuerzas superiores á las que ellos podian desplegar contra nosotros; el miedo de mañana, el temor de una pronta venganza aseguraba pues nuestro viage. Con esta idea, fuí á acamparme valerosamente en el centro mismo de la última aldea árabe de que he hablado, y cuyo nombre ignoro; está construida, si puede llamarse construccion á un informe hacinamiento de piedra y de barro, en la estremidad misma de la elevada playa que domina el mar de Galilea. Miétras que nuestros árabes disponian nuestras tiendas, bajé solo la escarpada pendiente que conduce al lago; bañábala murmurando y la ceñía de una franja de ligera espuma que se desvanecia y se volvia á formar á cada subida de sus rápidas y menudas oleadas, semejantes á las olitas de un mar sosegado y profundo que van á morir sobre la arena en el confin de un estrecho golfo; apenas tuve tiempo para bañarme en sus aguas, teatro de tantas acciones del gran poema moral moderno. el Evangelio, y de coger para mis amigos de Europa algunos puñados de sus conchitas; ya el sol habia descendido detras de las altas cimas volcánicas y negras de la meseta de Tiberiades, y algunos árabes que me habian visto bajar solo y rondaban por la playa, podian caer en la tentacion de acometerme; con mi escopeta al

hombro fuí derecho hácia ellos; miráronme y me saludaron poniendo la mano sobre su corazon:— volví á nuestras tiendas; nos tendimos en nuestras esteras, reuidos de cansancio, pero con las armas al lado, para estar en pié á la primera alarma; nada turbó el silencio y el sueño de aquella hermosa noche, durante la cual estuvimos arrullados por el blando y halagueño rumor de las olas del mar de Jesucristo que iban á espirar en sus orillas; por el viento que soplaba, con armoniosas bocanadas, entre las cuerdas tendidas de nuestras tiendas, y por los piadosos sentimientos y los sagrados recuerdos que cada uno de aquellos rumores despertaba en nosotros:— al día siguiente, al alba, cuando salimos de las tiendas para ir á bañarnos de nuevo en el lago, no vimos mas que las mugeres de los árabes, peinando sus largos cabellos negros en las azoteas de sus chozas, algunos pastores ocupados en ordeñar para nosotros, vacas y cabras, y los niños encueros de la aldea que jugueteaban familiarmente con nuestros caballos y nuestros perros; los gallos cantaban, los chiquillos lloraban, las madres cunaban ó daban de mamar á sus hijos como en una tranquila aldea de Francia ó de Suiza. Dímonos el parabien de habernos aventurado á recorrer una parte de la Galilea tan temida y tan poco conocida, y no dudamos que la misma pacífica acogida halláramos en el interior del pais si queríamos internarnos en la Arabia: teníamos todos los medios de

atravesar con seguridad la Samaria y el territorio de Naplusa, la antigua Sichem, gracias á M. Cotafago, que es todo poderoso en este pais, y que nos ofrecia hacernos anunciar por sus numerosos amigos árabes y acompañar por su propio hermano.

Inquietudes personales me precisan á renunciar á este camino y á volver á tomar el de Nazaret y el monte Carmelo, donde espero hallar espresos y cartas de Berut.

Sin embargo, montamos á caballo para costear hasta el fin del mar de Tiberiades, las sagradas orillas del hermoso lago de Genezaret. La caravana se alejaba silenciosa de la aldea en que habíamos dormido, y caminaba por la márgen occidental del lago, á pocos pasos de sus aguas, por una playa de arena y guijas, sembrada de trecho en trecho de algunas matas de ogiacanta y arbustos de hojas ligeras y festoneadas que dan una flor parecida á las lilas.

A nuestra izquierda, una cordillera de cerros perpendiculares, negros, pelados, cortados por hondas barrancas, salpicadas de inmensas piedras volcánicas, se estendia en toda la longitud de la ribera que íbamos costeando, y avanzando en forma de promontorio sombrío y pelado, casi hasta la mitad del mar, nos ocultaba la ciudad de Tiberiades y el fondo del lago por el lado del Líbano. Ninguno de nosotros hablaba; todos los pensamientos eran íntimos, agitados, profundos, tan alto alzaban la

voz los recuerdos sagrados en el alma de cada uno de nosotros. En cuanto á mí, jamas ningun sitio de la tierra habló á mi corazon mas fuerte y deliciosamente. Siempre he tenido sumo placer en recorrer la escena fisica de los sitios habitados por los hombres á quienes he conocido, admirado, querido ó respetado, entre los vivos como entre los muertos. El pais que un grande hombre ha habitado y preferido durante su travesía por la tierra, me ha parecido siempre la mas segura y viva reliquia de él,—una especie de manifestacion material de su genio, una muda revelacion de una parte de su alma, un comentario animado y sensible de su vida, de sus obras y de sus pensamientos. Joven, he pasado horas solitarias y contemplativas, tendido bajo los olivos que dan sombra á los jardines de Horacio, enfrente de las deslumbradoras cascadas de Tibur; muchas veces me he tendido por la tarde al murmullo del hermoso mar de Nápoles, bajo las pendientes ramas de las vides, junto al sitio donde quiso Virgilio que descansasen sus cenizas, porque era el sitio mas hermoso y mas dulce en que descansaron en vida sus miradas. ¡Cuántas mañanas y cuantas tardes he pasado años despues sentado al pié de los hermosos castaños, en aquel vallecito de las *Charmetes*, donde el recuerdo de Juan Jacobo Rousseau me llamaba y me retenia por el simpático atractivo de sus impresiones, de sus sueños, de sus desgracias

y de su génio! Y lo mismo con otros muchos escritores ó grandes hombres, cuyo nombre ó cuyos escritos han resonado profundamente en mi alma. He querido estudiarlos, conocerlos en los sitios que los habian producido ó inspirado; y casi siempre una mirada inteligente descubre una analogía secreta y profunda entre la patria y el grande hombre, entre la escena y el actor, entre la naturaleza y el genio que ella formó é inspiró; pero no era ya un grande hombre ó un gran poeta aquel cuya morada favorita en la tierra estaba yo visitando;—era el Hombre de los hombres, el Hombre divino, la naturaleza y el genio y la virtud hechos carne; la Divinidad encarnada, cuyas huellas iba yo á adorar en las mismas riberas donde imprimió mas, en las olas mismas que le sostuvieron, en las colinas donde se sentaba, en las piedras donde reclinaba su frente. Con sus ojos mortales vió este mar, estas olas, estas colinas, estas piedras, ó mas bien este mar, estas colinas, estas piedras le vieron; cien veces pisó este camino por donde yo andaba respetuosamente; sus piés levantaron este polvo que levantaban los míos; durante los tres años de su misión divina, va y viene sin cesar de Nazaret á Tiberiades, de Jerusalem á Tiberiades; se pasea en las barcas de los pescadores por el mar de Galilea; calma sus tempestades; sube sobre sus olas dando la mano á su apóstol de poca fé como yo,—mano celestial de que tengo mas necesidad que él en tempestades.

tades de opiniones y de pensamientos, mas terribles que las otras.

La grande y misteriosa escena del Evangelio pasa casi toda sobre este lago, y en sus orillas y en las montañas que le circundan y le ven. Ahí está Emau, donde escogió á la ventura sus discípulos entre los últimos de los hombres, para dar testimonio de que la fuerza de su doctrina reside en ella misma, y no en sus impotentes órganos. Allí está Tiberiades donde se aparece á S. Pedro y funda en tres palabras la eterna gerarquía de su Iglesia. Allí está Cafarnaum; allí la montaña donde pronuncia el sublime sermón de la montaña;—allí la otra donde dice las nuevas beatitudes segun Dios;—allí aquella donde esclama: *Misereor super turbam!* y multiplica los panes y los paces, como su palabra engendra y fortalece la vida del alma: allí está el golfo de la pesca milagrosa,—aquí está todo el Evangelio, en fin, con sus dulcissimas parábolas y sus tiernas y deliciosas imágenes que nos aparecen tales cuales aparecian á los oyentes del divino Maestro, cuando les señalaba con el dedo el cordero, la majada, el buen pastor, el lirio del valle;—he aquí en fin, el suelo que Cristo prefirió en la tierra, el que él eligió para primera escena de su misterioso drama; donde durante su vida oscura de treinta años, tenia sus padres, y sus deudos, y sus amigos segun la carne; donde esta naturaleza,

cuya clave poseia, le aparecia con mas encantos; esas son las montañas donde miraba como nosotros, salir y ponerse el sol que tan rápidamente media sus dias mortales;—aquí venia á descansar, á meditar, y á orar, á amar á los hombres y á Dios.

SIRIA.—GALILEA.

15 de Octubre, 1832.

El mar de Galilea, cuya anchura es de una legua poco mas ó ménos, en la estremidad meridional por donde llegamos á él, se ensancha al principio insensiblemente hasta la altura de *Emau*, estremidad del promontorio que nos ocultaba la ciudad de Tiberiades; luego, de repente, las montañas que le encajonan hasta allí, se abren en anchos golfos por ambos lados, y le forman un espacioso pilon casi redondo, donde se dilata y se desarrolla en un cauce de sobre doce ó quince leguas de circuito.—Este pilon no es regular en su forma, las montañas no bajan por todas partes hasta sus ondas;—unas veces se apartan á alguna distancia de la ribera, y dejan entre ellas y este mar una pequeña llanura baja, fértil y verde como las llanuras de Genézaret; ora se separan y se entreabren para de-

jar penetrar sus olas azules en golfos abiertos á su pié y cubiertos de su sombra.

La mano del pintor mas suave no dibujaria contornos tan redondeados, mas indecisos y mas variados que los que su mano creadora ha dado á estas aguas y á estas montañas; no parece sino que ha preparado la escena evangélica para la obra de gracia, de paz, de reconciliacion y de amor, que debia una vez realizarse en ella! En el Oriente, desde las cimas del Jelboe que se entreven al lado del Mediodía; hasta las cimas del Líbano que se descubren al norte, una cordillera apretada, pero ondulosa y flexible, cuyos sombríos eslabones parecen de cuando en cuando prontos á soltarse y aun se rompen á veces aquí y allí para dejar pasar un pedazo de cielo.

No rematan estas montañas en su cima aquellos dientes agudos, aquellos riscos aguzados por las tempestades, que presentan sus puntas desgastadas al rayo y á los vientos, y dan siempre al aspecto de las grandes cordilleras algo de decrepito, de terrible, de ruinoso que entristece el corazón elevando el pensamiento.

Achícanse muellemente en cumbres mas ó ménos anchas, mas ó ménos rápidas, vestidas, unas de algunas encinas diseminadas, otras de verdosas malezas;—estas de una tierra pelada, poco fértil, que todavía ofrece rastros de un cultivo variado;—otras en fin, de solo la luz de la tarde ó de la mañana

que resbala sobre su superficie y las colora de un amarillo claro; ó de una tinta azul y morada mas rica que cuantas pudiera representar el pincel.—Sus faldas, aunque no dejan paso á ningun verdadero valle, no forman una muralla siempre igual; de trecho en trecho están rajadas por anchas y hondas barrancas, como si las montañas hubieran estallado bajo su propia pesadumbre, y los naturales accidentes de la luz y de la sombra hacen de esas barrancas sendas manchas luminosas, ó con mas frecuencia oscuras, que atraen la vista, y rompen la uniformidad de los contornos y del color.—Mas abajo, como que se hunden sobre sí mismas, y avanzan aquí y allí en el lago cerros circulares,—suave y graciosa transicion entre sus cimas y las aguas que las reflejan. Casi en ningun punto, por el lado del oriente, traspasa el peñasco la capa vegetal de que están cubiertas, y así esta Arcadia de la Judea reúne siempre á la magestad y á la gravedad de los países montañosos, la imágen de la fertilidad y de la abundancia de los llanos. ¡Si cayeran todavía en su seno los rocíos del *Hermon!*—En el confin del lago, hácia el norte, esta cordillera de montañas se rebaja alejándose; á lo lejos se distingue una llanura que va á morir en las olas, y en la estremidad de esta llanura, una masa blanca de espuma que parece rodar desde bastante altura en el mar:—prodúcela el Jordan, que se precipita allí en el lago, que atraviesa sin mezclar sus aguas

con las suyas, y va á salir de él sereno, silencioso y puro en el sitio donde le hemos descrito. Toda esta estremidad norte del mar de Galilea está ceñida de una cenefa de campos que parecen cultivados; distínguense en ellos los bálagos amarillos de la última cosecha, y vastos prados de juncos que los árabes cultivan donde quiera que se halla un manantial para regar su pié.

Por el lado occidental, ya he pintado las cordilleras de cerros volcánicos que seguíamos desde el alba, y que reinan uniformemente hasta Tiberiades.—Regueros de negras piedras, vomitadas por las bocas todavía entreabiertas de un centenar de conos volcánicos, surcan á cada instante las escarpadas pendientes de esta sombría y fúnebre cuesta. Solo variaban el camino para nosotros la forma singular y los estraños colores de las altas masas de lava endurecida que estaban esparcidas alrededor nuestro, y los restos de murallas, de puertas de ciudades destruidas, y de columnas caídas en el suelo que á cada paso atrevesaban nuestros caballos.—Las orillas del mar de Galilea, por este lado de la Judea, no eran, por decirlo así, mas que una sola ciudad.—Estas ruinas multiplicadas delante de nosotros, y la multitud de las ciudades, y la magnificencia de construccion que manifiestan sus fragmentos mutilados, me recuerdan el camino que rodea el pié del monte Vesuvio, desde Castellamare á Portici.

Como allí, las orillas del lago de Genecaret, parecían coronadas por ciudades, en vez de mieses y selvas.—Al cabo de dos horas de camino, llegamos á la estremidad de un promontorio que avanza en el lago, y la ciudad de Tiberiades se presentó de repente delante de nosotros, como una brillante y viva aparicion de una ciudad de dos mil años.—El pueblo cubre la falda de una colina negra y pelada, que se inclina rápidamente hácia el lago; rodádola una alta muralla cuadrada flanqueada por quince ó veinte torres almenadas. Las puntas de los dos blancos minaretes se alzan solas encima de aquellos muros y de aquellas torres, y todo lo restante de la ciudad parece que se esconde del árabe detras de aquellas altas murallas, y no presenta á la vista mas que la bóveda baja y uniforme de sus techos grises, semejantes á la concha recortada de una tortuga.

Allí nos paramos, en el baño mineral turco de Emao.—Cúpula aislada y rodeada de soberbios restos de baños romanos ó hebreos.—Nos establecemos en la sala misma del baño.—Pilon lleno de agua corriente de temperatura de 100 grados de Farenheit.—Nos bañamos.—Dormimos una hora.—Volvemos á montar á caballo.—Tempestad en el lago, que yo deseaba mucho presenciarse.—Agua verde como las hojas del junco que le rodea.—Espuma lívida y esplendente.—Olas bastante altas y muy apiñadas.—Gran ruido de las oleadas sobre

los guijarros volcánicos que arrastran; pero ninguna barca en peligro ni à la vista.—No hay una sola en el lago.—Entramos en Tiberiades con borrasca y lluvia veraniega.—Nos refugiamos en la iglesia latina.—Hacemos traer lumbre, y encendemos una fogata en medio de la iglesia desierta, la primera iglesia del cristianismo.

El interior de Tiberiades no merece siquiera esta rápida ojeada: sucio y confuso conjunto de algunos centenares de casucas, semejantes à las chozas árabes de barro y paja.—Nos saludan en italiano y en alemán varios judíos polacos y alemanes que, hácia el fin de sus días, y cuando ya no tienen nada que esperar mas que la incierta hora de la muerte vienen à pasar sus últimos momentos en Tiberiades, en las orillas de su mar, en el corazón mismo de su querida patria, à fin de morir bajo su sol, y de ser enterrados en su suelo, como Abraham y Jacob. —¡Dormir en la tierra paterna!—¡Testimonio del inextinguible amor de la patria!—En vano sería negarlo.—Hay simpatía, hay afinidad entre el hombre y la tierra de que fué formado, de donde ha salido.—Es bien hecho, es cosa dulce de volverle à su sitio este poco de polvo que se le ha tomado por algunos días.—Haced, oh Dios mío, que yo duerma también en la tierra y junto al polvo de mis padres!

Nueve horas de camino sin descanso nos vuelven à Nazaret por Cana, teatro del primer milagro del

Salvador.—Linda aldea turca, graciosamente inclinada sobre las dos márgenes de un valle de tierra fértil, rodeado de colinas cubiertas de nópalos, de encinas y de olivos:—alrededor se ven granados, palmas, higueras. —Alrededor de los pilones de la fuente se agrupan mugeres y ganados.—Casa de San Bartolomé, apóstol, en la aldea.—Al lado está la casa donde se efectuó el milagro del agua convertida en vino;—está arruinada y à teja vana.—Los religiosos enseñan las vasijas que contuvieron el vino del prodigio.—Bordaduras monacales que en todas partes desfiguran la sencilla y rica tela de las tradiciones religiosas.

Después de haber descansado y bebido un rato en la orilla de la fuente de Cana, proseguimos nuestro camino, à la luz de la luna, hácia Nazaret. Atravesamos algunas llanuras bastante bien cultivadas, y luego una serie de collados cubiertos de verdura que se elevan à medida que se van acercando à Nazaret. Al cabo de tres horas y media de camino, llegamos à las puertas del convento latino de Nazaret, donde nos reciben de nuevo.

Al despertarme, quedé asombrado al oír una voz que me saludaba en italiano; era la de un antiguo vice-cónsul de Francia en S. Juan de Acre, M. Cattafago, personaje muy conocido y muy importante en toda la Siria, donde su título de agente de los europeos, su amistad con Abdallá, bajá de Acre, su comercio y sus riquezas, le han hecho

célebre y poderoso: todavía es cónsul de Austria en S. Juan de Acre. Su vestido correspondia á su doble naturaleza de árabe y de europeo; llevaba un gaban rojo forrado de piel de armiño y un inmenso sombrero de tres picos, signo distintivo de los agentes franceses en Oriente; este sombrero data del tiempo de la guerra de Egipto, reliquia religiosamente conservada de algun general de brigada de Bonaparte; no se pone en la cabeza mas que en las ocasiones oficiales, en las audiencias del bajá, ó cuando pasa por el pais algun europeo, á quien se cree hacer ver en él sus dioses penates. M. Cattafago era un viejecito, de fisonomía árabe, vivaz, penetrante, traviesa; sus ojos llenos de un fuego mitigado por la benevolencia y la cortesía, iluminaba su semblante con los destellos de una inteligencia superior. A la primera ojeada se concebía el ascendiente que semejante hombre habia debido tomar sobre árabes y turcos, que en general carecen de aquel principio de actividad que chispeaba en las miradas y se descubria en los movimientos y en los ademanes de M. Cattafago. Llevaba en la mano un paquete de cartas para mí, que acababa de recibir de la costa de Siria, por un correo de Ibrahim-Bajá, y una serie de periódicos franceses que él recibe:—habia creído con razon que seria una sorpresa muy grata para un viajero francés hallar así en medio del desierto, y á mil leguas de su patria, noticias frescas de Europa.

Leí las cartas, que me daban algunas inquietudes sobre la salud de Julia. M. Cattafago se retiró, suplicándome que fuese á almorzar á un pabellon que ha construido en Nazaret, y donde pasa solo los ardientes dias del verano, y abrí los periódicos. Mi nombre fué lo primero que me saltó á los ojos:—víle estampado en un folletin del Diario de los Debates, donde se citaban unos versos que dirigí á Walter Scott al salir de Francia. Fijé la atención en aquellos versos, cuyo triste é inquieto sentido se avenia tan bien con la escena en donde me los presentaba la casualidad, escena de las mas grandes revoluciones de la mente humana, escena donde el espíritu de Dios agitó tan profundamente á los hombres, y de donde tendió su vuelo sobre el mundo la idea renovadora del cristianismo, como una idea, hija tambien del cristianismo, agitaba la otra márgen de esos mares de donde me volvian mis acentos.

Del inmenso teatro do el destino
Al hombre agita, espectador cansado,
Nos dejas en un áspero camino.

Ni supremo profeta, ni inspirado
Bardo, tienen ahora las naciones,
Que camine à su frente ó á su lado.

Al empuje de indómitas facciones,

Los reyes de sus tronos han caído,
Que respetaron cien generaciones.

Dura un día de un jefe preferido
El mando, y otro al punto le seduce:
Dura un mes el reinado de un partido.

Todo del pensamiento al soplo cede,
Y nadie firmemente, nadie encima
Del monte del poder tenerse puede.

El lanza á los mas fuertes á la cima,
Mas, heridos de un vértigo en la altura,
Caen derrumbados en profunda sima.

En vano invoca y encontrar procura
El mundo un salvador: en su carrera
Nos arrebató el tiempo con presura.

Juega un niño sin miedo en la ribera,
Y en las aguas también del mar sin ceño:
Mas ¿quién á sus furoros resistiera?

¡Cuando es grande una época, pequeño
Es todo hombre! Hoy todos, uno á uno,
Ser grandes quieren, mas con vano empeño.

¡Mira! reyes, soldados, juez, tribuno....
En todos el Señor pone su mano
Y no escoge entre todos á ninguno.

Rápido meteoro, el soberano
Poder hiere y devora, y arruina,
Con sus escombros al linaje humano.

¡Ah! la palabra, inspiración divina,
Ha soplado del mar en el abismo
Y una nueva creación en él germina.

Abandonado el hombre ya á sí mismo,
Con el afán de todos solo espera
Salir de su presente parasismo.

Todo! de un nuevo piélago la fiera,
Marejada; del cielo y del navío
La situación que sin cesar se altera;

Esas inmensas olas que bravío
Va el mar en nuestras frentes desplomando;
Ese horizonte lívido y sombrío,

Todo anuncia que el hombre está doblando;
Un cabo de furiosas tempestades,
Y de una nueva humanidad pasando
El trópico entre escasas claridades!

Volví á leer estos versos como si hubieran sido de otro, tan completamente se me habían borrado de la memoria, y de nuevo hirió mi mente el sentimiento que me los había inspirado, aquel senti-

miento del temblor general de las cosas, del vértigo, del deslumbramiento universal del espíritu humano que corre con demasiada rapidez para darse cuenta de su mismo progreso; pero que tiene el instinto de un término nuevo, desconocido, adonde Dios le lleva por la senda áspera y llena de derumbaderos de las catástrofes sociales. Admiré también aquel maravilloso poder de la locomoción del pensamiento humano, de la prensa y del diarismo, por medio de los cuales un pensamiento que se me había ocurrido, seis meses antes, en una alameda de Saint-Point, iba á encontrarse conmigo, como un hijo que busca á su padre, y á despertar los antiguos ecos de Nazaret con los sonidos de una lengua ya universal.

20 de Octubre, 1832.

He almorzado en el pabellon de M. Cattafago, con un hermano suyo y algunos árabes. Recorro de nuevo las cercanías de Nazaret, y visito en la montaña la piedra adonde Jesus iba, segun las tradiciones, á comer con sus primeros discípulos. M. Cattafago me da cartas para San Juan de Acre y para el muzlin de Jerusalem.

El 21, á las seis de la tarde, salimos de Nazaret. Todos los padres españoles é italianos del convento, reunidos en el patio, se agolpan alrede-

dor de nuestros caballos, y nos ofrecen unos, votos y oraciones por nuestro buen viage, otros, provisiones frescas, excelente pan cocido la noche anterior, aceitunas y chocolate de España. Doy quinientas piastras al superior en pago de su hospitalidad, lo que no impide á algunos padres jóvenes españoles deslizarme por lo bajo sus solicitudes al oido, y recibir furtivamente algunos puñados de piastras para comprar tabaco y los demas regalillos monacales con que distraen su soledad.

Los viajeros han hecho una pintura novelesca y falsa de estos conventos de la Tierra Santa; nada hay ménos religioso ni ménos poético que los tales conventos, vistos de cerca. El pensamiento que ha dirigido su institucion es grande y bello: unos hombres se arrancan á las dulzuras de la civilizaci6n de Occidente para ir á esponer su ecsistencia, ó ir á pasar una vida de privaciones y de martirio entre los perseguidores de su culto, en los sitios mismos donde han consagrado la tierra los misterios de su religion: ayunan, velan, hacen oracion en medio de las blasfemias de los turcos y de los árabes, para que un poco de incienso cristiano humee todavía en los puntos donde nació el cristianismo. Son los guardas custodios de la cuna y de la sepultura sagradas: el ángel del juicio final los hallará solos en este sitio, como aquellas santas mugeres que velaban y lloraban junto al sepulcro vacío.

Todo esto es bello y grande en el pensamiento; pero en la realidad es preciso descartar de ello casi todo lo grandioso. Ante todas cosas advertimos que no hay persecucion, que ya no hay martirio: alrededor de esos hospicios, una poblacion cristiana está á las órdenes y al servicio de los frailes de estos conventos: los turcos no los molestan en manera alguna, antes por el contrario los protegen, como que son el pueblo mas tolerante de la tierra, y el que mejor comprende el culto y la oracion en cualquier lengua y bajo cualquier forma que se le presenten: solo aborrecen el ateismo, que les parece, con razon, una degradacion de la inteligencia humana, un insulto á la humanidad mucho mas que al ser evidente, Dios.

Estos conventos, están ademas, bajo la temida é inviolable proteccion de las potencias cristianas, representadas por sus cónsules. A la primera queja de un superior, el cónsul escribe al bajá, é inmediatamente se hace justicia. Los frailes que he visto en la Tierra Santa, léjos de presentarme la imágen del largo martirio con que se los honra, me han parecido los habitantes mas felices, mas respetados y mas temidos de estas provincias; ocupan unas especies de fortalezas, semejantes á nuestros antiguos castillos de la edad media; estas moradas son inviolables, y están cercadas de murellas, y cerradas con purrtas de hierro, que no se abren mas que para la poblacion católica de las

cercanías, que acude á asistir á los oficios, á recibir un poco de instruccion devota y á pagar en respeto y amor á los frailes el salario del altar. Nunca he salido acompañado de uno de estos padres por las calles de cualquier pueblo de Siria, sin que los niños y las mugeres fuesen á inclinarse bajo la mano del religioso, y á besar aquella mano y la orla de su hábito. Los turcos mismos, léjos de insultarlos, mostraban participar del general respeto que inspiraban.

Ahora, veamos quienes son esos frailes. Por lo comun, son unos pobres hijos de labradores de España y de Italia, que entraron jóvenes en los conventos de su patria, y que, fastidiados de la vida monástica, han deseado variarla, á lo ménos, con el aspecto de paises nuevos, y pedido ser enviados á la Tierra Santa. Su residencia en las casas de su Orden establecidas en Oriente, no dura en general mas que dos ó tres años: un buque va á recogerlos y lleva otros hermanos para reemplazarlos. Los que aprenden el árabe y se consagran al servicio de la poblacion católica de las ciudades pasan en ellas mas tiempo y aun á veces toda su vida. Sus ocupaciones y vida son la de nuestros párrocos de aldea; pero están rodeados de mas veneracion y amor. Los otros se quedan encerrados en el recinto de su convento, ó pasan, para hacer su peregrinacion, de una casa á otra, ya á Nazaret,